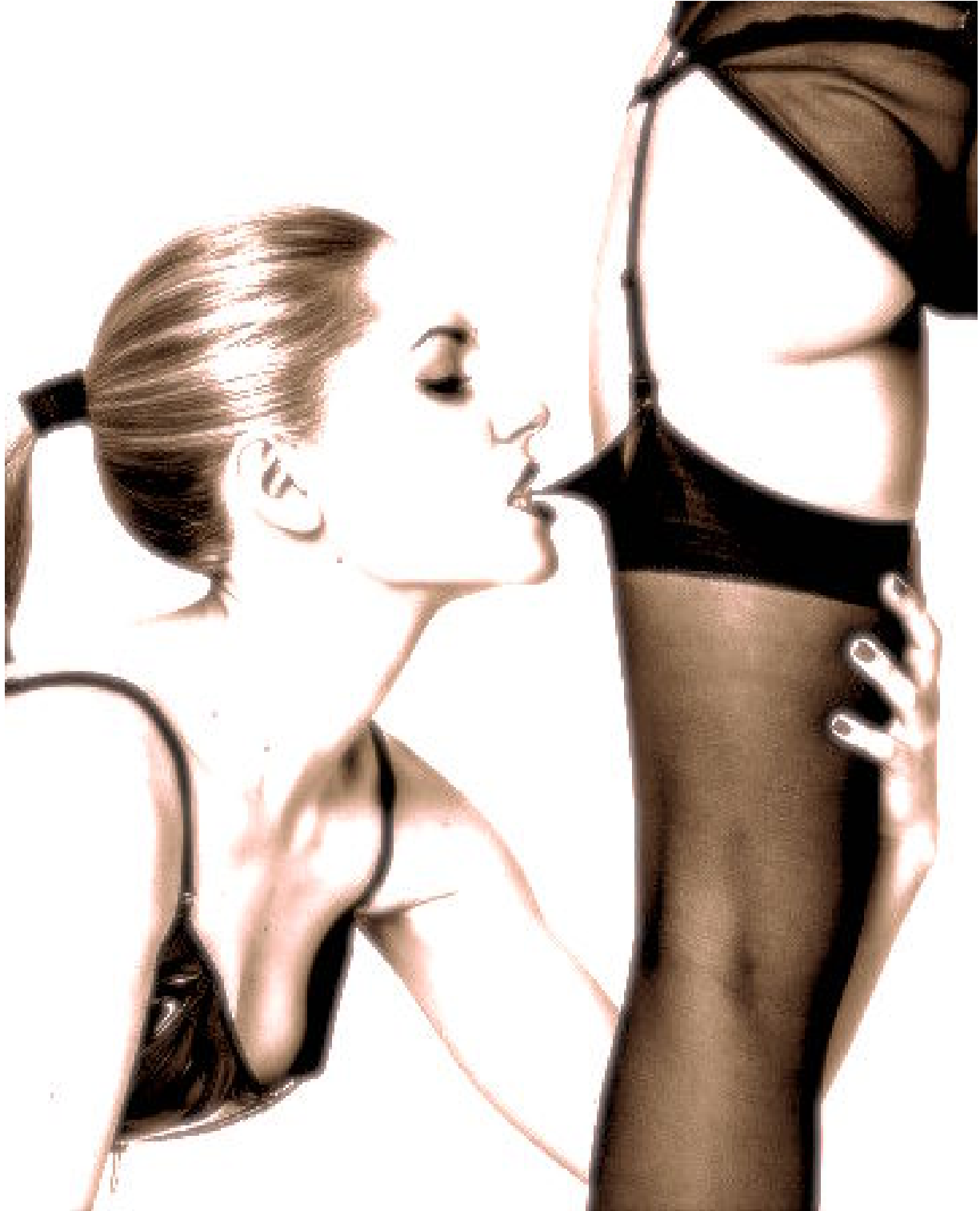


Medias Negras

Author Pendragon



Capítulo 1

Medias Negras

(Josué Ortega)

El hombre llamó a la puerta, pero como se lo imaginaba, la invitación a pasar jamás llegó. Dentro de la oficina, ese característico y frenético "clac-clac" de la vieja sumadora daba señales de vida. Sin esperar más, el rechoncho personaje entró a la oficina.

Detrás de un escritorio y sumergida en trémulas pilas de hojas, lápices y tazas vacías, Andrea miraba con obsesión la cifra luminiscente en la pequeña pantalla. Desesperadamente se rascó la cabeza, despejó su rostro de los cabellos que la atormentaban y recorrió los anticuados espejuelos desde la punta de la nariz hasta el entrecejo.

La peculiar belleza de la chica de no más de veintidós, era más como la de una obra pictórica que la de una modelo de pasarela o una artista de cine. Sin discusión se podía aseverar que un Rembrandt o un Vermeer habrían cambiado la posición de las estrellas con tal de convertirla en la musa de una de sus obras maestras.

El recién llegado carraspeó, intentando vanamente hacerse notar.

–Andrea –dijo por fin, con obvio disgusto– ¿me permites unos segundos?

–¡Carajo! –gritó la chica y golpeó con las palmas de las manos el escritorio; hizo una pausa y luego volvió la mirada hacia su compañero–. ¡Llevo perdida más de una hora en esta maldita cifra y no cuadra!

–No te quitaré más de un minuto –dijo el hombre, sin prestar ni mínima atención al acostumbrado furor de Andrea–. Sólo quiero presentarte a Giovanna.

La acompañante, que hasta ese momento se había mantenido imperceptible, se hizo notar cuando avanzó. Andrea alzó la mirada sólo para que sus cálculos matemáticos fueran violentamente arrebatados por la presencia lasciva que se erguía a un par de metros de su escritorio: inverosímiles eran el escote y la minifalda que parecían a pocos centímetros de hallarse en el medio de aquel voluptuoso cuerpo.

–Mucho gusto –dijo Giovanna con vibrante suspiro y tendió la mano derecha.

Andrea se enderezó titubeante y, mientras avanzaba, se enredó con el

cable de la sumadora.

–¡Cuidado! –exclamó Giovanna mientras sostenía a Andrea.

Por un instante los rostros se encontraron a pocos centímetros uno del otro, lo suficiente para que Andrea respirara el ardiente soplo que brotó de esos labios carnosos y húmedos del color de la sangre.

–Los cables pueden ser mortales –sonrió Giovanna y se retiró un poco, haciendo un rictus que obviamente deseaba apaciguar el sonrojo escandaloso en el rostro de Andrea–. Hay que sujetarlos bien con cinta adhesiva. Puedo ayudarte más tarde, si quieres.

Andrea quiso decir algo, cualquier cosa, pero las palabras en tropel se enredaron de tal forma que aquello sólo logro avivar más el ardor de su cara.

–Giovanna será la asistente del Licenciado Villaseñor –intervino nuevamente la voz masculina en tono mortuario–. Hoy es su primer día en la empresa.

Andrea pensó decir algo inteligente, impactante, pero de su garganta sólo se arrancaron algunos sonidos ininteligibles que estaban a años luz de convertirse en palabras.

–Bien –concluyó el hombre–. No te interrumpimos más.

Dio la espalda a su aturdida compañera y salió de la oficina. Giovanna siguió a su guía con movimiento cadencioso.

–Luego nos vemos –volteó hacia Andrea y esbozó un gesto lúbrico–. Y ten más cuidado con esos cables. Sería una verdadera pena que te lastimaras.

Andrea exhaló aliviada, un instante después, cuando supuso concluido el incómodo episodio detrás de la puerta. Sus tembleques piernas intentaron conducirla hasta su asiento.

–Por cierto –reapareció inesperadamente el rostro gordinflón de hombre por la puerta a medio abrir. Andrea se turbó tanto como un gato de caricatura–, recuerda que hoy a las nueve es la cena con el ingeniero Crespo y no puedes faltar.

–¡Carajo! –exclamó con las manos en la frente–. ¡Lo único que me faltaba!

El hombre desapareció, sin nada más que agregar. Andrea se desplomó sobre el asiento y con tedio se quitó los espejuelos para masajearse el

entrecejo. Resignada, permitió que el monótono "clac-clac" de la vieja sumadora volviera a idiotizarla hasta hacerla olvidar.

Suspendió el trabajo tres minutos antes de las ocho. Ordenó su oficina y como de costumbre, se encaminó al tocador. Los pasillos y cubículos yacían oscuros y deshabitados, cosa nada sorprendente a tales horas.

La puerta metálica chirrió cuando se apoyó sobre de ella. El enorme espejo reflejó sobre su superficie bruñida la doliente expresión ante él. Acunó las palmas para acopiar agua y llevársela al rostro en un cotidiano ritual que siempre lograba relajarla y regresarla a la vida.

Inesperadamente, la exquisita sensación de calma fue perturbada por el sonido de un ardoroso jadeo femenino. Andrea quedó más que petrificada, incluso hasta el momento en que la enigmática presencia continuó haciéndose notar con el crepitar de su ropa.

El rumor de una puerta abriéndose...

Un par de zapatos de tacón acortando la distancia con un golpeteo...

La angustiada eternidad concluyendo con la imagen de la intrusa reflejada en el espejo...

–¡Qué sorpresa! –exclamó Giovanna con enorme sonrisa–. ¿Aún aquí?

Andrea fue incapaz de responder.

–¿Qué te pasa? –preguntó fastidiada la chica de la minifalda y el escote de epopeya– ¿Por qué no me hablas? ¿Te fastidio?

–No, no –finalmente respondió Andrea, con un previo tartamudeo–, cómo crees. Es sólo que pensé que estaba sola.

–Pues ya ves que no. Tenía mucho trabajo y no quise dejarlo pendiente.

Continuó un mutismo incómodo y sepulcral que estranguló el momento. Insegura, Andrea hurgó en su bolso en busca de algo que le permitiera escapar de la situación y hacerla parecer natural e indiferente. Por fin sacó un lápiz labial el cual se llevó a la boca.

Giovanna esbozaba una maliciosa sonrisilla mientras se enjuagaba las manos y espiaba de soslayo con ojos conspiradores. Dejó que pasaran unos segundos antes de despejarse la garganta:

–¿Me dejas? –hizo un ademán con el dedo meñique sobre sus labios–.

¿Puedo limpiarte? Te manchaste un poco.

Sin siquiera dar oportunidad a que Andrea objetara, Giovanna sacó de su bolso un pañuelo y se acercó peligrosamente. Sus formas tibias y exorbitantes fueron amoldándose con sutileza a aquel cuerpo entumecido de pavor.

–¿Sabes? –dijo mientras deslizaba una y otra vez el suave pañuelo sobre los labios de Andrea y amoldaba sus generosos y palpitantes senos–, te ves muy estresada. Tienes que tomártelo con calma. Al final todo sale sin problema. Además, si quieres, yo te puedo ayudar en lo que sea... en todo lo que se te ocurra, ¿entiendes?

En un intento sobrehumano, Andrea se hizo de valor y de fuerza para escapar de aquel abrazo no solicitado, que, aunque frágil, parecía casi inquebrantable.

–Tengo que irme –tartamudeó e hizo a un lado a Giovanna–. Gracias por retocarme el labial.

Dio vuelta con movimiento súbito, y sin esperarlo, su bolso se atoró y se volcó. Una lluvia de objetos se fue hasta el suelo.

–¡Discúlpame! –exclamó Giovanna y se inclinó apresuradamente–. No me di cuenta que estábamos atoradas.

Enseguida Andrea contempló, aturdida, como Giovanna se deslizaba en cuclillas, tornándose y vibrando grácil como en una danza exquisita, y cómo a intervalos y con evidente y provocativa intención, distanciaban sus muslos altivos, mostrando un estrecho bikini de encaje negro.

Fue en ese instante que Andrea comprendió la verdadera razón de su incomodidad: deseaba a Giovanna más que nada en el mundo. Quería arrojarla encima de ella y hacerla suya con la locura de una leona en celo.

Ocurría ese instante de aguda crisis moral cuando, en un movimiento impensado, Giovanna rasgó una de las medias de Andrea con uno de sus anillos.

–¡No, no, no! –gimió Andrea mientras miraba la rasgadura que se prolongaba desde el tobillo hasta poco más arriba de su rodilla–. ¡La reunión con ingeniero Crespo! ¡No puedo ir así! ¡Es muy formal!

–¡Perdón, perdón, perdón! –gimió Giovanna–. ¡Compremos unas nuevas y yo las pago!

–¿No ves la hora? –aulló Andrea, casi histérica–. ¡Ya no hay nada abierto!
¡Mi jefe me va a matar!

De pronto Giovanna perdió la expresión de culpabilidad y enseguida, con la cara iluminada, hurgó en su bolso.

–¡Ya está! –rio y estiró un paquete envuelto en plástico–. ¡Es tu día de suerte! ¡En la mañana compré medias! Tú sabes, el primer día de trabajo hay que prevenir cualquier accidente. No te molesta que sean negras, ¿verdad? Es mejor que nada, ¿no?

Andrea suspiró aliviada y se frotó ambas manos con nerviosismo. Estiró la diestra para tomar el paquete de manos de Giovanna, pero cuando estaba a punto de hacerlo, Giovanna lo retiró con un movimiento de chanza infantil.

–Dirás que soy una maldita bruja –dijo con una expresión de pícaro lascivia–, pero he dado muchas vueltas al asunto y creo que no se me da la gana darte mis medias...

–¡Qué! –aulló Andrea–. ¡Por qué! ¡Tú me las rompiste y tienes que reponérmelas! –hizo una pausa aguardando vanamente alguna declaración satisfactoria y después continuó resignada, escarbando en su bolso– Está bien. Te pago el triple...

–¡No quiero tu dinero! –exclamó Giovanna, evidentemente ofendida–. ¡Quiero que me dejes ponértelas!... ¡Te las regalo solo si me dejas ponértelas!

Andrea se quedó muda. Gesticuló de una y mil formas y cambió a miles de colores. Enseguida se taladró el oído con el dedo índice.

–Oíste bien, corazoncito –repuso Giovanna con determinación maquiavélica–: o te las pongo yo o vas a tu reunioncita híper-formal con las piernas desnudas. La verdad yo me moriría de vergüenza con semejante falta de etiqueta. Preferiría no ir, aunque supiera que al día siguiente la de Recursos Humanos estaría esperándome en Recepción con todas mis cositas en una bolsa para basura...

Hizo una pausa tan densa como pervertida antes de rematar:

–Pero tú decides, querida.

Andrea gruñó mientras tamborileaba en el piso con la punta del zapato. Se frotó las manos, se mordió el labio inferior y anduvo de un lado a otro varias veces antes de inclinarse. Destrabó la media arruinada de su

gancho y se la quitó; luego repitió desnudándose la otra pierna.

Su piel era tan pálida como la leche y a la vista lucía tan tersa como la seda. Giovanna apenas pudo acallar un gemido de ardorosa admiración.

–Hagamos esto rápido –musitó Andrea, a punto de arrepentirse, con la mirada fija en el techo–, ¿quieres?

Giovanna anduvo hasta la plancha marmórea que constituía el lavabo y con un ademán pidió a Andrea que se trepara. Con docilidad obligada por el deseo de dar punto final aquella locura, Andrea se impulsó con ambas manos para sentarse en la gruesa plancha. Un intenso escalofrió recorrió todos sus miembros cuando sintió la gélida loza bajo sus piernas.

–¿Eres católica? –Giovanna adelantó la cara y señaló con la nariz la cruz plateada que colgaba entre los pechos de Andrea. La absurda y desfasada pregunta se sintió como el vértigo en una azotea de quince pisos–. Imagínate una ceremonia de boda hecha en tres minutos, o unos Quince Años en dos, o un Bautizo en uno.

"Para mí, toda acción debe ser sagrada, no solo una misa. Debes lograr que incluso los momentos "insignificantes" o "rutinarios" se conviertan en un auténtico ritual..."

Andrea sintió de golpe que la apresaban los grilletes de un horrible presentimiento, de la pavorosa sensación de que había aceptado que una sicópata maniobrara sobre su cuerpo. No podía despegarse del lavabo ni medio milímetro, aunque lo deseaba con toda su fuerza.

–Ponerse las medias –reanudó Giovanna, inclinándose– tiene que ser una verdadera epifanía, un momento extraordinariamente sensual y extraordinariamente pausado... Por eso no cuadra tu infamia de "Hagámoslo rápido, ¿quieres?" –remedó con voz de boba.

Como únicos movimientos que su cuerpo le permitía hacer, Andrea cerró los ojos y comenzó a hiperventilar mientras rogaba al Cielo que el golpe de la asesina llegara rápido y sin dolor; no obstante, lo que sintió enseguida, en vez de un sádico ataque, fueron los tibios y suaves dedos de Giovanna explorándole el pie izquierdo en forma circular. Llena de una delicadeza celestial, esas caricias transitaban una y otra vez desde el tobillo hasta la punta de los dedos. Pronto, Andrea alcanzó un estado casi de éxtasis. Jamás había experimentado tan vasta relajación, ni siquiera en el apacible sueño que brinda la niñez.

Cuando Giovanna se disponía a repetir la operación con el pie derecho, el terror de Andrea se había esfumado completamente.

Concluyó el masaje en ambos pies. Con las dos manos, Giovanna tomó una de las medias y la contrajo hasta mudarla a un diminuto acordeón. Enseguida la llevó hasta la cresta de los dedos y continuó estirándola ascendentemente con un movimiento muy pausado. La delicada, traslúcida y sedosa funda explayó sin tapujos su galanteo erótico.

–¿Ahora entiendes? –preguntó Giovanna con un murmullo aterciopelado–. ¿Ahora entiendes por qué el acto de ponerse las medias es un presente de los dioses?

Andrea solo pudo asentir con un meneo de cabeza, sin poder evitar que se le escapara un jadeo apasionado.

Giovanna concluyó sujetando la primera media en sus ganchos. Tomó la siguiente media, pero esta vez, antes de continuar con el mismo procedimiento, comenzó a deslizar el suave tejido en el rostro de Andrea. Primero en las mejillas, los labios y los lóbulos de las orejas; descendió hasta el cuello y continuó con el pecho; se introdujo en el escote y rozó el acentuado pliegue entre los senos...

Cuando Giovanna terminaba de poner la media derecha, advirtió con placer que la íntima fragancia de Andrea aleteaba y se zambullía a toda prisa hasta los rincones más ocultos.

Giovanna, sin oposición alguna, se deshizo totalmente del indeseable estorbo de encaje rojo, carcelero de esa hendidura deliciosa y perfumada a la que ansiaba adorar. Por un momento contempló el límpido y tasado fruto de rosada pulpa antes de inclinarse a degustarlo. Con vehemencia paladeó ávidamente el deleitoso amargor.

Andrea vibraba y gemía ante aquella samaritana y veleidosa lengua que la gratificaba como nunca ella misma lo había conseguido en solitario. Jadeante, abrió los ojos y miró a su benefactora con la minifalda corrida hasta la cintura, explorando febrilmente entre sus piernas aquel triángulo forjado de pálidos rizos. Volvió a cerrar los ojos.

La intensidad crecía en medio de juramentos, blasfemias e invocaciones, caricias mordaces y gritos paranoicos. Sobrevino el primer staccato de espasmos, entre gritos de placer. Más adelante en la cabalgata alcanzaron una segunda ráfaga, una tercera y una cuarta aún más intensa y líquida que las anteriores. Dos alaridos concluyentes cerraron el telón del placer y parecieron sacudir la bóveda del mundo.

Flácida y sin aliento, Andrea acarició la encrespada cabellera de Giovanna, aún entre sus piernas. Quería expresar algunos halagos, algunas frases tiernas cuando un horrible dolor en uno de sus muslos, muy cerca de su sexo, le arrebató la intención. Irguiéndose desafiante, Giovanna reveló toda su radical e inverosímil transfiguración en un ser de hermosura infernal y de piel imposiblemente nívea. Una hilera de filosos y

sanguinolentos punzones en aquella boca, amenazaron mientras la criatura rugía como un gigantesco felino endemoniado. Andrea fue embestida brutalmente cuando apenas empezaba a formular el pensamiento de correr hacia la puerta. Gritando, llorando, sintió su cuerpo despedazarse hasta la oscuridad total y el vacío completo...

Volvió en sí misma con una aterradora convulsión, mientras un par de sus dedos se entrometía entre sus piernas.

Estaba en el baño, en un reducido cubículo, sentada en el retrete. Se enjugó las lágrimas y echó un vistazo a su reloj: eran apenas las ocho con nueve. Se había quedado dormida. No había más que explicar. Se enderezó y se vistió enseguida. Sin dar mayor importancia al evento –que constantemente se había repetido desde su adolescencia–, avanzó como ebria hasta el lavabo para refrescarse la cara. El agua fluía entre sus dedos cuando percibió de soslayo un objeto rectangular en el extremo derecho de la plancha marmórea. Con curiosidad se acercó para descubrir horrorizada un paquete a medio abrir con un par de medias negras ligeramente asomadas de su envoltorio. Un presentimiento macabro la obligó a bajar la mirada para descubrir lo que tanto temía: en su media derecha había una rasgadura que se alargaba desde el tobillo hasta poco más arriba de su rodilla. El orificio, la dirección y la forma del pálido trazo eran idénticos a los que en su pesadilla había hecho Giovanna con su anillo...

EL MONÓTONO Y frenético "clac-clac" de la vieja sumadora daba señales de vida dentro de aquella oficina. El afán de las labores fue devorando el tiempo a mordiscos gigantes. Suspendió el trabajo tres minutos antes de las ocho, ordenó todo y como era costumbre, marchó al baño. Los pasillos y cubículos yacían oscuros y deshabitados. La puerta metálica chirrió cuando se apoyó sobre de ella. Entró a un cubículo y aseguró la puerta. Varios minutos después la estimulación finalizó con un sobresalto moderado y un gemido silente. Se vistió y salió, y con ese característico golpeteo de sus zapatos de tacón, se encaminó al lavabo.

Frente al espejo estaba Giovanna, casi como esperándola...

–¡Qué sorpresa! –exclamó la chica de la minifalda y el escote de epopeya–. ¿Aún aquí?

Hecha un témpano de hielo, Andrea no pudo responder.

–¿Qué te pasa? –preguntó Giovanna, fastidiada–. ¿Por qué no me respondes? ¿Te fastidio?

–No, no es eso, cómo crees. Es que pensé que estaba sola.

–Pues ya ves que no. Tenía trabajo de sobra y no quise dejarlo pendiente.

Enseguida, Giovanna apenas se despidió con un ligero meneo de cabeza y un enfadado y breve quejido. Se dio la vuelta, y sin esperarlo, su bolso se atoró. Una lluvia de objetos se precipitó al suelo.

–¡Discúlpame! –exclamó Andrea, apenada, y se acuclilló–. La correa se me atoró y no me di cuenta.

Ocurría aquella delirante recolección de objetos cuando una instantánea y reveladora imagen intelectual produjo que Andrea se congelara: su escalofriante pesadilla del día anterior se estaba repitiendo... pero con los papeles invertidos. Un sudor frío comenzó a cruzarle el rostro. Sus manos temblorosas apenas si podían sostener las cosas que del suelo había tomado.

Fragmentos de frases sin sentido aparente, imágenes, olores, sonidos, todo ello fue aglutinándose en su memoria y armando un rompecabezas arcaico excluido en el olvido...

Venido es el día...

Se condensó dentro de sus pensamientos una ronca voz del pasado...

Venido es el día en que recibirás una señal contundente de que llegada es la hora: La Sangre que vivifica a los de nuestra estirpe te llamará con insistencia....

Escúchala sin resistirte...

De cualquier modo, no tendrías adónde ir... ¡No podrías escapar de Ella!...

–¡Pero qué te sucede! –gimió Giovanna casi histérica ante la inmovilidad de Andrea–. ¡Anda, muévete! Luego tendrás tiempo de sobra para arrastrarte...

Andrea, en un movimiento fugaz y aparentemente casual, deslizó la mano, prendió uno de sus anillos y rasgó la media derecha de Giovanna.

–¡Lo que faltaba! –chilló Giovanna–. ¡Por qué no te fijas, tarada! ¡Ya todo debe estar cerrado! ¡Dónde jodidos voy a conseguir unas nuevas!

(Escucha La Sangre que vivifica...)

Giovanna, iracunda, dio media vuelta y se adelantó hacia la salida.

(...Escucha sin resistencia. De cualquier modo, no tienes adónde ir, no hay dónde ocultarse... ¡No puedes escapar!)

–¡Espera! –gritó Andrea–. Por favor...

Giovanna se detuvo, volteó y echó una mirada prepotente a Andrea.

–Siempre traigo medias extra para accidentes como este –continuó Andrea, con fingida amabilidad–. No te molesta que sean negras, ¿verdad? Es mejor que nada, ¿no crees?...

Sacó de su bolso el paquete que misteriosamente había encontrado la noche anterior.

–Aunque es más complicado de lo que parece –dijo con un tono infinitamente maquiavélico. Un escarlata de rescoldo chispeó en su mirada–. ¿Qué te parece si me dejas ponértelas?...

FIN